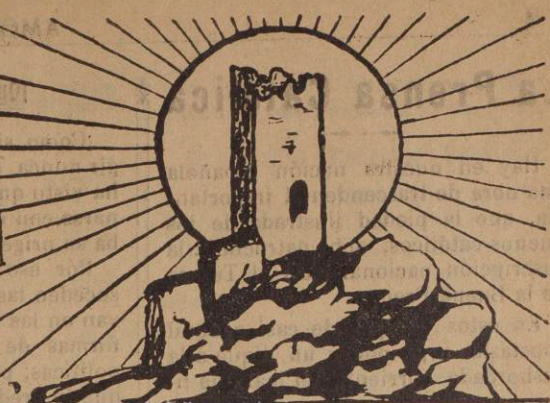


Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial-Quincenal



Año VI

Alhama de Murcia, Sábado 29 de Junio de 1929

Núm. 130

Tú eres Pedro....

Si Dios elige instrumentos débiles para sus grandes obras, tal acontece con San Pedro, que de humilde pescador de Galilea, le hace príncipe de los Apóstoles y cabeza visible de su Iglesia.

Y al considerar su pequeñez en mirada retrospectiva de la conducta seguida con el Maestro, a quien negó tres veces y abandonó en su pasión por miedo a los judíos, exclama: *Apártate de mí, Señor, porque soy pecador.*

Se confesaba indigno de estar junto a Jesucristo. Era necesaria esta confesión de su pequeñez y miseria para constituirle en su Vicario y jefe de los doce Apóstoles que había escogido para realizar la gran transformación moral del mundo. Hombres rudos e ignorantes, que trocados de la virtud de lo alto, habían de ser las antorchas que iluminasen al mundo con la doctrina de su divino Maestro y a la vez encender los corazones de los hombres en el amor de Aquel que había venido a traerlo a la tierra.

Luz del mundo y sol de la tierra habían de ser los Apóstoles, que iluminasen al mundo con la luz de su doctrina y preservasen los corazones de los hombres, de aquella corrupción pagana en que todo se hallaba sumido.

Y el pescador de Galilea había de ser el pescador de los hombres, en expresión del Maestro, y figura expresiva de que se valió para hacerle ver al discípulo infiel, el carácter de su divina misión sobre la tierra. Él había de ser con los demás Apóstoles la columna que había de sustentar el edificio de la Iglesia.

Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, le había dicho Jesucristo, y esta promesa había de cumplirse a través de los tiempos.

Y a pesar de todas las contradicciones y combates que había de sostener, según la promesa divina, ella

saldría siempre victoriosa. La frágil navecilla del mar de Tiberiades, figura de la nave de la Iglesia que había de atravesar el mar de la vida, caminaría siempre serena sin que lograsen sumergirla las olas embravecidas del error y de la impiedad.

La Iglesia, como institución divina, descansa en las palabras de Cristo a Pedro, y como la palabra de Dios es

indefectible, la Iglesia también lo será, pese a los enemigos que en todos los tiempos habían de levantarse contra ella. Vano empeño, querer destruir lo que había sido fundado en la palabra de Jesucristo.

Ya lo dijo Él: *Pasarán el Cielo y la tierra. Mis palabras jamás pasarán.*

GUZMÁN



La Beata María Micaela del Santísimo Sacramento

